

EL BONOORDO

—¿Me das un donuts, o qué? —aullaba Carmelia, por tercera vez ante su padre, Ricardo, allá en el bar, dispuesta a largarse si no era atendida de inmediato. Entretanto, él repasaba la factura del pedido de bollería que le había suministrado el empleado habitual de “Panificio Camargo”.

—Aquí faltan caracolas —expuso Ricardo.

—Sí, pero ayer te entregué dos palmeras de chocolate de más. Haz memoria —contestó el empleado.

—Vamos a dejarnos de chanchullos —intervino de nuevo Ricardo, soltando la factura y sirviendo después el donuts a Carmelia, para que se callase y dejase de incordiar, que no cesaba de mirar hacia la calle impaciente por si aparecía el autobús del colegio y no la localizaba en la esquina.

El repartidor de “Panificio Camargo” aguardaba pacientemente a que Ricardo le devolviese su bandeja de los bollos, quien en ese preciso instante los iba colocando de uno en uno muy cuidadosamente, en la estantería situada a uno de los lados del mostrador. A parte de que Darío, que así se llamaba el empleado, no estaba dispuesto a marcharse sin haber cobrado el importe de la factura.

—¿Qué más te da? No me digas que no cuadra —sostenía el de Camargo, al advertir que no había manera de que Ricardo se fiase de él.

—Un día os vais a llevar una sorpresa por incumplimiento de lo estipulado en un principio —manifestó Ricardo, abonando la factura y amenazándole con cambiar de pastelería suministradora.

El empleado y Carmelia salieron a un mismo tiempo. Ella, porque divisaba el autobús que llegaba con algún retraso. Y él, porque debía continuar con el reparto. Eran las ocho y media de la mañana de un lunes cualquiera, en una primavera anticipada en pleno mes de febrero.

Tres clientes medio adormilados todavía, desayunaban en la barra. Y nada hacía presagiar a primera vista que algo inaudito o no, fuese a trastocar los planes ni el curso de una nueva semana. En realidad, Ricardo no había hecho planes de ningún tipo, puesto que jamás planeaba nada que pudiese salirse de lo corriente. Cada día transcurría idéntico al anterior. Ya eran suficientes planes ir tirando y salir adelante con el bar. Su propio negocio. El que encima llevaba su propio nombre. Y muy orgulloso se mostraba por ello, jactándose de ser un industrial y emprendedor de primera. Porque de eso se trataba, de ser su propio jefe y a un mismo tiempo su propio empleado. Lo ideal. Ni nadie le daba órdenes, ni él tenía por qué acatarlas. Y en un mundo corrupto, donde no había más que ojear la prensa día tras día para comprobarlo, él se mantenía a salvo de todo y de todos. Se hallaba limpio. No tenía de qué avergonzarse. Las cuentas claras, siempre bien a vista. Lo único ingrato e inevitable en aquellos momentos, era que habían empezado a disminuir los beneficios. Se enfrentaba sin desearlo a un más que ambicioso competidor. Al de la nueva cafetería de al lado. A uno que se había instalado en los últimos meses en la fachada colindante, ofreciendo una gran variedad de desayunos y platos combinados en cantidad muy superior a los que ofertaba Ricardo, pero a precios de escándalo, según su particular opinión. Y la gente, dejándose arrastrar por la novedad y la decoración exquisita, para él muy discutible, llenaban el local casi a todas las horas del día. Por ello, Ricardo

se mostraba tremendamente apenado, ya que su clientela no paraba de disminuir, aun siendo a paso lento. Y encima enfrentándose a los malditos e injustos impuestos. Mortales para la pequeña empresa.

—Conseguirán que cerremos —comentaba en ocasiones ante los propietarios de las tiendas cercanas, que llevaban en la zona toda la vida.

Como de costumbre, el bar de Ricardo quedaba desierto durante largos espacios de tiempo a media mañana. Y era entonces cuando aprovechaba para echar un vistazo a alguno de los diarios que adquiría y que exponía por encima del mostrador, para si lo deseaban, ser ojeado por los contados clientes matinales. Ese día fue pasando páginas de atrás hacia adelante, deteniéndose de vez en cuando al sentir que se abría la puerta. Y muy predispuesto preparaba y servía algún que otro café, con tostada o bollería, o bocadillo de pimientos, su especialidad, a esos rezagados y a los no acostumbrados a desayunar temprano. Los clientes fijos y habituales se personaban puntualmente a su hora acostumbrada. Ricardo conocía todas sus costumbres y movimientos. Y antes de que asomasen por la puerta, ya contaban con su taza de café dispuesta, bien por encima del mostrador o en alguna de las mesas que ocupaban el local. En aquellos instantes desayunaba la farmacéutica que había permanecido de guardia durante toda la noche. Se hallaba sin probar bocado tras una larga jornada muy movida. Era ella quien rompía el ritmo en esos instantes. Ricardo ya la había echado en falta anteriormente, puesto que solía acudir a las nueve y veinte minutos, algo antes de abrir la farmacia. Y Raquel, que atendía por tal nombre, devoraba con sus ojos saltones y tan rojos por el agotamiento, su dulce caracola.

Ricardo volvió a quedar solo tras la marcha acelerada de la farmacéutica, y como un autómatas retrocedió una vez más página a página en el diario, hasta llegar a la veintiocho, la que realmente

le interesaba. Se echó mano al bolsillo del pantalón y extrajo un papel arrugado. Era su boleto del Bonogordo, cuyo sorteo se había efectuado el día anterior. Algo le decía que ya podía ir arrojándolo a la basura, ya que a él nunca le había tocado nada, apenas un reintegro o un pequeño premio de tres aciertos. Aunque, en cambio, nunca estaba de más recuperar el dinero invertido. Y dejó que su vista fuese repasando lentamente la combinación ganadora. De súbito, su corazón comenzó a palpitar muy deprisa. No era para menos. Cada número que confrontaba coincidía con los del pleno agraciado. Los repasó nuevamente, y una, y otra vez. No lo podía creer. Llevaba los seis aciertos. Giró su vista a todas partes, por si algún cliente rezagado lo hubiese descubierto. No divisó a nadie. Únicamente él se emplazaba en el local. Y ¿cuál habría de ser el primer paso? Echar el cierre. Esa fue la primera idea que le vino a la mente. Al rato, se cambiaba de camisa lo más aceleradamente posible, en una reducida habitación enclavada frente a los lavabos. Se atusó el pelo hacia atrás delante del espejo. Se vistió de calle en un santiamén. Y cruzó la puerta una vez bajado el cierre, advirtiendo de que ni el frutero ni el pescadero, cuyos locales quedaban muy próximos al bar, habían reparado ensimismados como se hallaban en sus respectivas tareas de atención al público, de que se ausentaba, o mejor dicho, de que se esfumaba. ¿En cuál dirección y hacia qué lugar? Él mismo desconocía el destino.

Por el momento, precisaba alejarse del barrio. Marchar a un lugar seguro donde nadie le reconociese. Y desde allí, si es que era capaz de serenarse, tomar las decisiones oportunas. El asunto no parecía sencillo. Uno no se veía multimillonario de la noche a la mañana todos los días. Y de prensa, nada. De dar su nombre, en absoluto. Anonimato total. Pero, ¿cuántos acertantes habría de seis? Y ¿cuánto cobraría cada uno de ellos? Se cuestionaba en el taxi que le llevaba de una punta a otra de la ciudad. Lo había tomado en Cuatro Caminos, tras recorrer a pie sin detenerse ni en los semáforos siquiera,

la distancia comprendida entre la Ventilla, donde decía adiós y se despedía del bar para siempre, y la citada plaza. Se dirigía a la Estación de Atocha, desconociendo si para tomar un tren que le acercase al Sur, o simplemente para levantar allí mismo el cuartel general y empezar a actuar con paso preciso. Dio vueltas por la estación dudando entre, si ponerse en contacto con el director de una sucursal bancaria, o telefonar sin más demora a su esposa Graciela y ponerla al corriente de inmediato. Todo en él era un mar de dudas. Desde luego a Graciela había que darle la noticia inmediatamente antes de que el Patronato de Loterías, o quien fuese, difundiera a la prensa que él poseía un boleto premiado, y éstos se pusiesen en contacto con ella. Dudó una vez más que estuviese actuando de manera correcta, encima desconociendo los verdaderos pasos a seguir. ¿No habría que haber acudido en estos casos a la Delegación Principal de Apuestas para que verificaran y confirmasen el premio?

Pidió una copa de Drambuie en la primera barra de bar que avistó a su paso. Un hombre con acento extranjero comentaba a su derecha, la cantidad que le correspondía al único acertante del Bonogordo, que precisamente había sido sellado en Madrid: "seiscientos millones y pico de pesetas". Y remató después: "quién los pillara". Ricardo se atragantó del susto al escucharlo. Y sudó, y más sudó. Y jamás había temblado como lo hacía.

Se estaba haciendo demasiado tarde. Debía avisar a Graciela, si es que todavía permanecía en casa y no se había largado. Pues, pasada la hora del mediodía, ella se acercaba al bar todos los días para echar una mano en la cocina. ¿Cómo no había reparado antes en este vital e importantísimo detalle? ¿Y si ya marchaba de camino o se encontraba a la misma puerta del bar? Buena la había hecho. El cierre echado, y Graciela al descubrirlo, a saber qué extraña idea le hubiese rondado por su fantasiosa imaginación. Sin duda una tragedia. Que Ricardo había sido víctima de un atraco.